de un extremo del mundo o desde las profundidades de la historia.

El conde se inclinó hacia el vaso; el agua se enturbió en seguida a su vista y tomó tintes opalinos, como si hubiesen arrojado una gota de esencia; un círculo con todos los colores del prisma coronó los bordes del vaso, formando el marco del cuadro que empezaba a dibujarse ya en la nube blanquecina.

Disipóse la nube, y una joven con un peinador bordado, con los ojos verde mar, con los cabellos de oro encrespados y dejando errar como blancas mariposas sus bellas manos sobre las teclas de marfil del piano, se dibujó lo mismo que en un espejo, en el fondo del agua transparente. La perfección del cuadro era tal que hubiese hecho morir de desesperación a todos los pintores.—Prascovia Labinska, sin saberlo, había obedecido a la evocación apasionada del conde.

—Pasemos ahora a otro experimento más curioso—dijo el doctor tomándole la mano al conde y colocándosela sobre uno de los radios de hierro de la cubeta mesmérica. Apenas hubo tocado Olavo el metal cargado de magnetismo fulgurante, cuando cayó como herido por un rayo.

El doctor le tomó en brazos, le levantó como una pluma, le acostó en un diván, tocó el timbre y le dijo al criado que se presentó en la puerta:

—Id a buscar a Mr. Octavio de Saville.

IV

En el silencioso portal del hotel se oyó el ruido de las ruedas de un cupé y en seguida se presentó delante del doctor, Octavio de Saville. Cuando el doctor le enseñó el cuerpo del conde Olavo Labinski extendido sobre un diván y con todas las apariencias de la muerte, se asustó. En los primeros momentos se figuró que se había cometido un asesinato y quedóse mudo de horror; después de un examen más atento descubrió que una respiración casi imperceptible levantaba y bajaba el pecho del joven durmiente.

—Ya tenéis preparado vuestro disfraz—dijo el doctor—; es un poco más difícil de poner que un dominó alquilado en casa de Babín; pero Romeo, al encaramarse al balcón de Verona, no se acordó del peligro que iba a correr de romperse la cabeza. Sabía que Julieta le esperaba en su habitación con su traje desceñido... y la condesa Prascovia merece tanto como la hija de los Capuletos.

Octavio, turbado por lo extraño de su situación, no contestó nada; no apartaba sus ojos del conde, cuya cabeza ligeramente inclinada hacia atrás y puesta sobre una almohada, parecía una de esas efigies de los caballeros acostados sobre sus tumbas en los claustros góticos, teniendo apoyada la nuca sobre una almohada de mármol. Esta bella y noble figura de la que iba a desposeer su alma, le inspiró a pesar suyo algunos remordimientos.

El doctor tomó la vaguedad de Octavio por la duda; una leve sonrisa de desdén erró por el pliegue de sus labios y le dijo:

—Si no estáis decidido despertaré al conde y se irá por donde ha venido, maravillado de mi poder magnético; pero acordaos bien de que puede ser muy fácil que no se os presente otra ocasión como ésta. Además, por mucho interés que me tome en vuestros amores, por mucho que desee hacer un experimento que nadie ha intentado en Europa, no por ello debo ocultaros que el cambio de alma ofrece sus peligros. Llamad a vuestro pecho y preguntadle al corazón: ¿Os queréis jugar la vida en esta carta decisiva? «El amor tiene la fortaleza de la muerte», dice la Biblia.

—Estoy a vuestras órdenes—contestó sencillamente Octavio.

—Bien, joven—le contestó el doctor, frotándose las manos ennegrecidas y secas con una rapidez extraordinaria y como si quisiese encender fuego a la manera de los salvajes—. Me gusta una pasión

como la vuestra que no retrocede ante nada. En el mundo no hay más que dos casos: la pasión y la voluntad. Si no lográis la felicidad no será por culpa mía. ¡Ah! Venerable Brahma-Logum, tú verás desde el fondo del cielo de Indra, donde los apsaras te rodean con sus coros voluptuosos, si he olvidado la fórmula irresistible que me dictaste al oído al abandonar tu máscara modificada. De todo me acuerdo, de las palabras y de los gestos.—¡Manos a la obra! Hagamos en el hornillo humano un guiso extraordinario, como las brujas de Macbeth, pero sin la innoble hechicería del Norte.—Sentaos delante de mí, en ese sillón; abandonaos completamente a mi poder. ¡Eso es! Los ojos fijos en los míos, las manos sobre mis manos.—Ya empieza a obrarse el encanto. Las nociones del tiempo y del espacio se pierden, la conciencia del «yo» se desvanece, los párpados se cierran; los músculos, como no reciben órdenes del cerebro, se detienen; el pensamiento se entorpece; todos los hilos delicados que retenían el alma al cuerpo están desatados. Brahma, metido en el huevo de oro donde durmió diez mil años, no estuvo más separado de las cosas exteriores; saturémosle de efluvios y bañémosle de rayos.

El doctor, mientras balbucía estas frases entrecortadas, no dejó ni un momento sus pases; de sus manos extendidas salían rayos luminosos que iban a parar a la frente o al corazón del paciente, alrededor del cual formaba poco a poco una especie

de atmósfera visible y fosforescente como una aureola.

—¡Muy bien!—dijo Mr. Baltasar Cherbonneau, aplaudiéndose a sí propio por su obra—. Ya le tengo como quería, Veamos, veamos, ¿qué es lo que resiste aún por aquí?—exclamó después de una pausa, como si leyese a través del cráneo de Octavio el último esfuerzo de la personalidad pronta a hundirse en la nada—. ¿Qué obstinada idea es esa que, arrojada de las circunvoluciones de la masa encefálica, trata de substraerse a mi influencia arrollándose a la mónada primitiva, en el punto central de la vida? Yo procuraré encontrarla y anonadarla.

Para vencer esta involuntaria rebelión, el doctor cargó con mucha mayor fuerza la poderosa batería magnética de su mirada y descubrió el pensamiento insurreccionado entre la base del cerebro y la inserción de la medula espinal; es decir, en el santuario más oculto y el tabernáculo más misterioso del alma. Su triunfo fué completo.

Entonces se preparó con majestuosa solemnidad al experimento inaudito que iba a intentar, se vistió como si fuese un mago con un traje de lino, lavóse las manos con agua perfumada, sacó de algunas redomas unos polvos, con los que hizo en las mejillas y en la frente algunos signos hieráticos; ciñóse al brazo el cordón de los brahmas, leyó dos o tres Slocas de los poemas sagrados y no omitió ninguno de los minuciosos ritos recomendados por el penitente de las grutas de Elefanta.

Terminadas estas ceremonias abrió todas las grandes bocas de los caloríferos, y bien pronto se llenó la sala por una atmósfera abrasadora que hubiese hecho desfallecer al tigre en medio del bosque, que hubiese hecho estallar la coraza de fango sobre el cuerpo rugoso de los búfalos, y abrirse con una detonación la magnífica flor de los áloes.

—Es preciso que estos dos rayos divinos, que van a encontrarse desnudos y despojados durante algunos segundos de su envoltura mortal, no palidezcan o se extingan en nuestro aire glacial—dijo el doctor mirando el termómetro, que señalaba en aquel momento 120 grados Fahrenheit.

El doctor Baltasar Cherbonneau, entre aquellos dos cuerpos inertes y con sus blancas vestiduras tenía el aspecto de un sacrificador de las sanguinarias religiones que arrojan los cadáveres de los hombres sobre el altar de sus dioses. Recordaba al sacerdote de Vitziliputzili, el feroz ídolo mejicano de que habla Enrique Heine en una de sus baladas, pero sus intenciones eran seguramente mucho más pacíficas.

Se aproximó al conde Olavo Labinski, que permanecía inmóvil, y pronunció la sílaba inefable; la cual fué a repetir en seguida sobre Octavio que estaba profundamente adormecido. El rostro, ordinariamente extraño del doctor Cherbonneau, había tomado en aquel momento una majestad sin-

gular; la grandeza del poder de que disponía ennoblecía sus facciones desordenadas, y si alguno le hubiese visto cumplir estos ritos misteriosos con una gravedad sacerdotal, no hubiese reconocido en él al doctor hoffmánnico que llamaba hacia sí, o mejor dicho, desafiaba el lápiz de los caricaturistas.

Entonces ocurrieron cosas muy extrañas; Octavio de Saville y el conde Olavo Labinski se agitaron simultáneamente como por una convulsión de agonía; su rostro se descompuso; una ligera espuma apareció en sus labios; la palidez de la muerte se apoderó de su piel y dos lucecitas azuladas y temblorosas brillaron inciertas sobre sus cabezas.

A una señal fulgurante del doctor que parecía señalarles su camino en el aire, los dos puntos fosfóricos se pusieron en movimiento y, dejando detrás de ellos una estela luminosa, entraron en su nuevo domicilio; el alma de Octavio ocupó el cuerpo del conde Olavo Labinski y el alma del conde el cuerpo de Octavio. El avatar se había cumplido.

Un ligero tinte sonrosado en los pómulos indicó que la vida acababa de penetrar en aquellas arcillas humanas, que habían quedado sin alma durante algunos segundos y en las cuales hubiese hecho presa el Angel negro sin el poder del doctor.

La alegría del triunfo iluminó las azuladas pupilas del doctor Cherbonneau, el cual decía paseándose por el cuarto a grandes pasos: «Hagan otro tanto los médicos más orgullosos, con tanta vanidad

como tienen porque arreglan bien o mal el reloj humano cuando se descompone: Hipócrates, Galeno, Paracelso, Van Helmont, Boerhaave, Tronchin, Hahnemann, Rasori, el fakir más insignificante de la India, acurrucado bajo la escalera de una pagoda, sabe mil veces más que vosotros. ¡Qué importa el cuerpo cuando se llega a mandar en el espíritu!

Al terminar este período, el doctor Baltasar Cherbonneau hizo una porción de cabriolas, hijas de la exaltación, y bailando como las montañas en el Sir-Hasirim del rey Salomón, cayó de narices porque se le enganchó el pie en su traje brahmínico. Este incidente le hizo volver sobre sí mismo y le devolvió toda su sangre fría.

—Despertemos a nuestros durmientes — dijo Mr. Cherbonneau después de haberse limpiado las rayas de polvos colorados con que se había estríado el rostro y de haberse quitado el traje de brahma, y colocándose delante del cuerpo del conde Labinski, habitado por el alma de Octavio, hizo los pases necesarios para sacarle del estado somnambulesco, sacudiendo a cada gesto los dedos, cargados con el flúido que quitaba.

Al cabo de algunos minutos Octavio Labinski (en adelante le designaremos así para la mejor inteligencia del relato) se incorporó, se pasó las manos por los ojos y dirigió a su alrededor una mirada de asombro que la conciencia de sí mismo no iluminaba aún. Cuando pudo recobrar la percep-

ción de los objetos, lo primero que vió fué un cuerpo acostado sobre un diván. Se veía, no reflejado por la luna de un espejo, sino en la realidad. Lanzó un grito, grito que no resonó con el timbre de su voz, lo cual le causó cierto espanto. El cambio de las almas se había verificado durante el sueño magnético; no guardaba de ello memoria y experimentaba un extraño malestar. Su pensamiento, servido por nuevos órganos, era como un obrero a quien le quitasen las herramientas de su uso ordinario y le diesen otras. Psyquis desterrada, batía sus alas inquietas en el interior de aquel cráneo desconocido y se perdía en las membranas de un cerebro, donde se encontraban aún las huellas de ideas extrañas.

—Vamos a ver—dijo el doctor, cuando hubo juzgado suficiente la sorpresa de Octavio Labinski—, ¿qué os parece de vuestra nueva habitación? ¿Se ha instalado bien vuestra alma en el cuerpo de este hermoso caballero, hetmann, hospodar o magnate, marido de la mujer más bella del mundo? Ya no tendréis ganas de dejaros morir, como queríais la primera vez que os ví en vuestra triste habitación de la calle de San Lázaro, ahora que las puertas del palacio Labinski están abiertas de par en par a vuestro paso, y que no tenéis miedo a que Prascovia os ponga la mano delante de la boca, como en la villa Salviati, cuando queríais hablarle de amor. Ya veis que el viejo Baltasar Cherbonneau, con su figura de mono, que no desea cambiar por

ninguna otra, posee aún en su saco de trampas algunas buenas recetas.

—Doctor—contestó Octavio Labinski—, tenéis el poder de un dios, o por lo menos de un demonio.

—¡Oh! Lo que es por ahí no tengáis miedo; ni hay ninguna diablura en todo ésto. Vuestra salvación no peligra en lo más mínimo; porque no os he de obligar a firmar un pacto con una rúbrica roja. Nada tan sencillo como lo que acaba de ocurrir. El verbo que ha creado la luz puede muy bien romper las ligaduras de un alma. ¡Oh! Si los hombres quisiesen escuchar a Dios a través del tiempo y del infinito, harían cosas mucho más notables.

—¿De qué manera, en qué forma podré pagaros este servicio?

—A mí nada me debéis; me ha interesado vuestra suerte y para un viejo Lascar como yo, curtido por todos los soles, empedernido por todos los sucesos, una emoción es una cosa bastante rara. Me habéis revelado vuestro amor y debéis saber que nosotros, los soñadores, que tenemos un poco de alquimistas, otro poco de magos y otro poco de filósofos, vamos siempre más o menos en busca de lo absoluto. Pero levantaos, moveos, andad y ved si vuestra nueva piel no dificulta los movimientos.

Octavio Labinski obedeció al doctor dando algunas vueltas por el cuarto y encontró ya menos embarazo. Aunque habitado por otra alma, el cuerpo del conde conservaba el impulso de sus anti-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

guos hábitos, y el nuevo huésped se entregó a sus resabios físicos porque le importaba mucho tomar el paso, el aire y el ademán del propietario expulsado.

—Si no hubiera realizado en mis propias manos el cambio de vuestras almas—dijo riéndose el doctor Baltasar Cherbonneau—, creería que nada extraordinario se había verificado esta noche y os tomaría por el verdadero, legítimo y auténtico conde lituano Olavo Labinski, que está durmiendo todavía dentro de la crisálida que habéis abandonado desdeñosamente. Pero van a dar las doce ahora mismo; marchaos a casa en seguida no sea que Prascovia os riña, con razón, por haber preferido a su compañía el sacanete o el tresillo. Es preciso que no deis comienzo a vuestra vida de esposo con una disputa, porque esto sería de mal agüero. Mientras tanto yo me entretendré en despertar con todas las precauciones y cuidados que en realidad merece a vuestra antigua envoltura.

Octavio Labinski comprendió cuán justas eran las observaciones del doctor y se apresuró a salir. A la puerta de la calle piafaban impacientes los dos magníficos caballos bayos del conde, los cuales al relinchar habían cubierto de espuma el pavimento. Al oir los pasos del joven, un soberbio lacayo de casaca verde, de la perdida raza de los Heyducos, saltó al suelo y lo hizo resonar con estrépito. Octavio, que se había dirigido maquinalmente en el primer momento hacia su modesto carruaje, tomó

asiento en el alto y magnífico *coupé* y le dijo al lacayo para que se lo repitiese al cochero: «¡A casa!» Apenas cerrada la portezuela los caballos partieron al galope, y el digno sucesor de los Almanzor y los Azolan, se suspendió a los largos cordones de pasamanería con una ligereza que no era de sospechar en su colosal estatura.

Para caballos de tanto empuje no era largo el trecho que media entre la calle del Regard y el arrabal de Saint-Honoré; así es que fué devorado en muy pocos minutos y el cochero gritó con voz estentórea: ¡Abrid la puerta!

Las dos inmensas hojas, empujadas por el suizo, abrieron ancho paso al carruaje, el cual dió la vuelta a un inmenso patio enarenado y fué a detenerse con una precisión admirable bajo un toldo rayado de blanco y rosa.

El patio, que Octavio Labinski reconoció hasta en sus menores detalles con esa rapidez de visión que el alma adquiere en ciertas ocasiones solemnes, era vasto, lo formaban algunas paredes simétricamente construídas, y lo iluminaban unas lámparas de bronce en las que el gas ardía dentro de campanas de cristal, parecidas a las que en otro tiempo adornaban el Bucentauro y que daban un aspecto de palacio más bien que de casa particular: algunos cajones con naranjos, dignos de la explanada de Versalles, se hallaban colocados de trecho en trecho sobre el margen de asfalto que cerraba

como un bordado el tapiz de arena que constituía su parte central.

El pobre enamorado, al echar el pie a tierra, acordóse de su disfraz y tuvo que detenerse algunos segundos y llevarse la mano al corazón para contener los latidos. Es verdad que llevaba el cuerpo de Olavo Labinski, pero sólo le poseía en la apariencia física; todas las ideas, todos los conocimientos que contenía el cerebro habían desaparecido al marcharse el alma del primer propietario; la casa, que desde aquel momento le pertenecía, le era desconocida e ignoraba por completo su disposición interior: delante de él presentábase una escalera por la cual se decidió a subir aun a peligro de equivocarse, y de tener que decir que iba distraído.

Los escalones de piedra apomezada eran de una blancura infinita y hacían resaltar el color rojo de una larga tira de moqueta, sujeta por unas varillas de cobre dorado, que les señalaba a los pies su blando camino; algunas jardineras llenas de bellísimas flores exóticas se veían en los extremos de las gradas y subían con él.

Una inmensa lámpara formando cuadros y colgada de un grueso cordón de seda púrpura, adornado con borlas y nudos, arrojaba un haz de rayos de oro sobre las paredes vestidas con estuco blanco, pulimentado como el mármol, y proyectaba su luz sobre una copia, de mano del autor, de uno de

los grupos más célebres de Canova, «El amor abrazando a Psyquis».

El rellano del único tramo de la escalera estaba pavimentado de mosaicos, formando un precioso dibujo. Unos cordones de seda sostenían en las paredes cuatro cuadros de París Bordone, Bonifazzio, Palma el Viejo y Pablo Veronese, cuyo estilo arquitectónico y pomposo armonizaba muy bien con la magnificencia de la escalera.

Frente al rellano se abría una gran puerta de sarga llena de clavos dorados; Octavio Labinski la empujó y se encontró en un ancho recibimiento donde dormitaban algunos lacayos vestidos de gran librea. A su aproximación se levantaron como movidos por un resorte y se pegaron a las paredes con la impasibilidad de los esclavos orientales.

Continuó su camino. Un salón blanco y dorado donde no había nadie seguía a la antecámara. Octavio tiró de un llamador, y acto continuo se presentó una camarera.

—¿La señora está visible?

—La señora condesa está a punto de desnudarse, pero en seguida podrá recibirle.